

## MIS GATOS

### MY CATS

### MEUS GATOS

## (Historia con techos y mujer)

*Jose Guillermo Anjel Rendo\**

Gatos extraños los de los techos de las casas de Istanbul. Siempre con el pelo aplanado y duro, con hambre. A esos gatos los veo a diario delante de mi ventana mirándose entre ellos mientras mastico mi comida en la mesa de la cocina. Lo hago lentamente y mirándolos de reajo, sospechando de sus movimientos cortos, de sus colas levantadas. Seguro planean asaltarme o esperan a que me levante de la mesa para venirse hasta la vidriera y tratar de abrir la ventana con sus patas. Sueñan con invadir mi cocina y hartarse hasta reventar. Pero no podrán hacerlo; mantengo la ventana muy bien cerrada con candados ingleses, imposibles de abrir. Y las llaves escondidas en el bolsillo de mi chaleco, tanto que a veces me da trabajo encontrarlas, hundidas como están en algún rincón de las costuras. Son unos miserables esos gatos, ladrones y bribones. Por eso como delante de ellos, atiborrándome la boca con la comida, babeando la mayonesa y la mermelada de fresa, escupiendo sobre el plato trocitos de salame y pedazos de pan, grandes y untados con aceite. Lo hago hasta

---

\* Doctor en Filosofía y Comunicador Social por la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente Titular Centro de Humanidades. Miembro del grupo Epimeleia de la UPB, Medellín-Colombia.  
Correo electrónico: memoanjel5@gmail.com.



que sé que les duelen las tripas. Sí, como lentamente sin perderlos de vista y los veo relamerse los bigotes vacíos y maullar doloridos, burlados. Odio los gatos. Y este odio lo mantengo vivo desde la noche en que los vi devorando la pierna de un marino borracho, muerto ya pero aún ebrio. Le salía un hilo de licor baboso por la comisura de los labios. Me pareció que estaban dándose un gusto horrible con ese cadáver que olía a sake. Por estas aguas del Bósforo los licores japoneses son comunes. Los traen los contrabandistas portugueses, gente de mala mirada y dedos gordos. Ellos son los gatos hambrientos del mar, siempre con hambre y deseos de matar, también de que su encame con mujeres nunca se acabe. Hay que oírlos maldecir. Se han matado entre ellos por cualquier motivo, por una mujer inventada, por un tesoro soñado, por la dirección del vuelo de un pájaro. Por eso gustan de licores agrios y duros, con olor a sudor de caballo.

El marino de la pierna devorada podría ser portugués, debió serlo por las señas que tenía bordadas en la camisa, un escudo con la imagen del puerto de Lisboa en hilos rojos. Desde ahora lo voy a seguir llamando el lisboeta carne de gato. Claro que muchas de esas camisas son robadas, pero para el caso que narro no importa. Para mí era un portugués y estaba siendo devorado por los de su propia estirpe; entonces, no tendría de qué preocuparme. Sin embargo, al ver cómo lo devoraban me nació el odio por todos los gatos. No sé la razón porque he visto cosas peores y no me hago preguntas, pero esta vez algo terrible me anidó en la sangre. Odiar es un ejercicio que los turcos aprovechamos. Y yo soy turco. Me llamo Amín Ibn Said, conocido como el relojero.

Por las noches cierro las puertas con cuidado y coloco caracolas de mar por el piso. Las caracolas suenan como el viento y los gatos temen este sonido. Son animales cobardes que es necesario estar castigando. Yo los castigo permitiéndoles verme comer y ensuciarme la cara con la comida. Cuando termino, les hago gestos y los maldigo. Así como maldigo a la mujer de la casa vecina, una judía gorda y de ojos muy negros que les da de comer a los gatos que caminan por los techos del barrio. Claro que nunca lo suficiente porque a estas bestias no hay quien las satisfaga.

Comen entrañas, que eso les coloca la mujer en unos tazones de cobre, verdes ya por los bordes. Veneno puro para cualquiera, pero los bichos se acercan y lamen y devoran las entrañas rojizas sin envenenarse. He llegado a pensar que la mujer vecina podría estarles dando entrañas de gato y por eso los residuos de cobre no los matan. Les da a los gatos lo que ellos mismos son, carne de su carne, hediondez de su hediondez. Y esto me ha reconciliado un tanto con ella, con la maldita, que yo he maldecido a la mujer por sólo encontrarme con ella. Le temo, me deja seco, se me para la sangre cuando la veo frente a mí, su cuerpo enorme, sus ojos escrutadores, las manos repletas de anillos. Y para evadirme de la imagen que se me fija en los ojos, cierro los párpados y la veo dándoles miserias a los gatos. Es maravilloso que les haga comer carne de gato a estos gatos oprobiosos que caminan por los techos de la casa pisando apenas, como los ahogados del mar de Mármara que vuelven en espíritu para ver qué hacen sus mujeres. Hay que rezar mucho por ellos para que no crean lo que ven.

La mujer judía alimenta y traiciona a los gatos. Por eso, cada quince días le dejo, a un lado de la puerta, una bolsa con dinero a esa mujer que maldigo. Para que vaya al mercado y compre carnes horrendas, iguales a la pierna del lisboeta muerto por exceso de sake. Debió morir por eso, seguro siete días enteros bebiéndose las botellas del botín y persiguiendo alguna mujer. Hasta que el sake le llegó al corazón y lo mató mordiéndole las venas. Debió creer que el mundo había anochecido de repente o que había atravesado un paralelo desconocido. Y no debió sentir miedo porque esta gente de los mares orientales se hace acompañar de los grifos del Finesterre, que son peores que los demonios. Esos marinos han vomitado sobre los lomos de Leviatán y no temen a ningún kraken. Incluso los burlan disfrazándolos de mujer para que se rompan los huesos entre ellos mismos. Pero haya sido quien haya sido el hombre de Lisboa, descanse en paz. Y que los gatos lo respeten. Una golondrina le llevará el ánima hasta los resplandores de los que no se habla.

Me llaman el relojero, porque mi oficio es mantener el tiempo vivo en el barrio, anunciando con una campana de porcelana que la muerte está

lejana. Y cuando alguien muere, que está escrito que nadie debe vivir más de una vida, yo soy el primero en decírselo al creyente fallecido. Para esto pido que me dejen solo con el finado, que mi oficio es hablar con él para que no se asuste por haber muerto. Todos los muertos tienen la cara sudorosa y no es bueno tocar ese sudor, pero yo lo hago con un trapo blanco de lino perfumado con esencias del Líbano y así me libero de todo mal. Es una última caricia; entonces se van sin miedo. Los que están afuera me oyen orar y llorar tres lágrimas no más, nunca lloro la cuarta. Luego todo vuelve a la normalidad. Claro que hago cumplir el ritual a los duelos. Y ellos lo cumplen siguiendo cada norma, agradeciéndole al ángel del silencio el no haberlos señalado con el dedo. Mientras dura el luto, encabezo la mesa de las comidas funerarias. Y a mi lado siempre hay una mujer joven que me atiende. Ella sabe que mi cercanía le propiciará buenos partos.

Soy un buen lector de estrellas, por esa razón me respetan y no faltan frutas frescas en mi canasta de Alejandría, la que fue tejida con pelos de cola de asno blanco. Es una canasta que siempre contiene tiempos de paz, eso me dijo el hombre del desierto que me la vendió: tenía los ojos muy cansados, debió decir la verdad. En la lectura del cielo, puedo verlo todo. El pasado y el futuro, las letras de los libros nunca escritos y los poemas de Abú Novas, que acarician como las cortesanas de Atenas. Veo los animales de los griegos, las huellas de las brujas del Latium, las ofrendas de los celtas y el baile eterno de los derviches. Todo lo veo, incluso gatos que habitan los lugares no creados. Pero estos últimos están difusos, muy lejanos de los mapas posibles. Podrían ser tigres o panteras, linceos o leopardos, también animales de figura indecente, habidos en la degeneración de las casas del puerto, donde nada es como dice el Corán, sólo laberintos pecaminosos.

No es claro lo que ven mis ojos cuando aparece un felino entre las estrellas. Es que los felinos (los gatos entre ellos) son los animales inconclusos de Dios, sus babas. Por esto se peca odiando los gatos, porque Aláh no los ha terminado. Si yo fuera un sufí, tendría más razones. Y un cálamo para explicarlas. Pero no soy sufí y por eso no alcanzo a poetizar mi pecado y

con él cargaré hasta las regiones de lo invisible. Quizás los ángeles sepan explicar en mi juicio ese odio gatuno intenso que me invade como un viento caliente impulsado por el hachís y las gotas de amor. Los odio con la ira de Cartago, con la de Edipo, con la desmesura de Heracles. Y ese odio me los hace necesarios y deseables todo el tiempo, como si fueran un cuerpo de mujer joven con la sangre hirviendo. Ansiando los gatos, purgo mi pecado porque no lo puedo olvidar ni un momento.

Soy el relojero, por eso digo tantas cosas. Mi mente son infinitas piezas, diminutos tornillos, inmensos cuadrantes, sonidos permanentes, hilos que van y vienen por los caminos la eternidad. Si olvidara lo que la carne es capaz de sentir, sería un hanif, uno de esos buscadores de Dios, y una locura roja y resplandeciente me invadiría si cerrara los ojos. Pero no los cierro y así tengo toda la noche para sentir mis gatos. Porque son míos como mi pecado. Y abro también mis orejas para oírlos caminar por entre las tejas maullando, buscando gatas en calor, las garras como cuchillos, las tripas templadas por el hambre y las úlceras que les han producido las aguas podridas y las carnes prohibidas que la mujer judía les pone en el tazón con bordes verdes de tanto cobre. Un día de estos, he pensado, les abro mi ventana a los gatos y los dejo ingresar. Sólo lo he pensado, para que ellos me lean el pensamiento y se hagan esperanzas. Los gatos saben leer lo que pensamos mientras nos miran a los ojos. Yo pienso: -os dejaré entrar un inicio de primavera y para ese día tendré una flor en el ojal de mi saco-. Y ellos, en hilera, no me quitan los ojos de encima, las lenguas relamiendo ese vacío que tienen delante de sus hocicos.

La gente del barrio me ha dado una casa grande, para que pueda llenarla con libros y objetos de metal con labrados en letras y palabras en todas las lenguas. Me los regalan cuando alguno de su familia es aj. Es que a ese peregrino yo le he mostrado los caminos para ir a la Meca sin herirse los pies ni dañarse los ojos con el resplandor de las piedras. Los caminos hasta la ciudad santa están repletos de peligros, por eso confecciono mapas precisos y debidamente coloridos. En esos mapas coloco las hierbas que se pueden morder para evitar la sed, las carnes de los animales puros, las mujeres que se pueden tocar para que no haya desvío en la peregrinación.

Y a cambio de estos mapas detallados, la gente, como he dicho, me hace regalos. Tengo bastantes cosas en casa, es que por aquí todos cumplen con hacer el peregrinaje. Somos creyentes y el cielo de la noche nos pertenece con todas sus letras y figuras.

Mi casa ha sido construida, en parte, sobre unos planos egipcios que pude lograr con unos arquitectos de Inglaterra. Esos hombres ingleses, gatos ladrones, tienen las fortunas de los egipcios con ellos y trafican con lo que está bendito, Aláh no les parta la nuca ni les ponga natas negras en los ojos. Pero a ellos recurrí después de lavarme las manos con aceite bendecido, así no me he contagiado de sus pecados ni de sus inmundicias. Recurrí a ellos porque quería una habitación donde pudiera entender los reinos de Horus, el de la cabeza de halcón. Mi casa, entonces, es en parte egipcia. Claro que sólo una habitación, donde leo el cielo y medito. Donde escribo con mi cálamo usando tinta azul y papeles de Roma, que vienen perfumados. En esa habitación egipcia descanso. El resto de mi casa es igual a las otras, con su techo de color rojo y sus ventanas de madera con vidrieras de vidrio barato comprado en el zoco, pero en trozos cortados de acuerdo con la geometría de Ibn Baluk, nuestro geómetra santo. Los corta un hombre de Macedonia al que le salta una ceja. No le sabemos el nombre, sólo conocemos de él sus manos pariendo el vidrio recortado. Son unas manos cortas de uñas redondas. El hombre tiene cara de mujer, pero nadie le ha dicho nada, ni siquiera los pecadores nefandos del norte de la ciudad. Tememos que el macedonio nos corte la cara, estas cosas ya se han visto. Es que los hombres femeninos tienen muchas tormentas adentro.

Por esos vidrios de mis ventanas puedo ver a la mujer gorda de ojos judíos. La veo asomarse para gritar a otra vecina que necesita azúcar o harina o aceite; o que ya se acerca su fiesta del sábado o la Pascua. Gritan mucho estas mujeres judías y hablan todo el tiempo de ventana a ventana, tanto que en ocasiones no escuchamos el almuédano y perdemos la oración. A mi vecina la veo levantar los brazos y tender la ropa, la veo sacudirse el cuerpo y acomodarse los senos, que alguna mañana se le salió uno y me pareció que era como un brazo gordo que le salía del pecho (ese día hice mal la siesta y sentí las lenguas de los demonios lamiéndome la piel). La

veo y la oigo llamar a los gatos para darles su carroña. La mujer judía tiene una voz frágil, de canario, de mujer jordana que son mujeres que siempre obedecen y por eso la voz apenas si se les siente. No es la voz de mi vecina una voz para el tamaño de cuerpo que tiene, parece que le hubieran robado sonidos al momento del nacimiento. Debiera hablar recio, pero no lo hace. Es una contradicción esta mujer judía, por eso se entiende tan bien con los gatos y con las carnes denigrantes que les da de comer.

Mirando a la mujer de los ojos judíos y pensando en la carne con que alimenta los gatos, la cabeza se me llena de concupiscencia. Y podría ser que, entre las entrañas que coloca en los tazones de cobre, ella les diera también carne de sí misma a esos maulladores. ¿Pero de qué parte de su cuerpo? Podría ser del muslo, de las nalgas, del vientre, de los tobillos. Y entonces la pienso desnuda delante de un espejo, mirándose con cuidado cuál será la parte que dará a los gatos que maúllan en los tejados. Debe ser una carne blanca, cuidadosamente escogida y lavada, tibia, lista para los dientes y las lenguas rojas de los felinos. Claro que esto que digo no es más que fabulación pecaminosa, que las mujeres judías son todas creyentes, con ojos y manos protectoras colgando del cuello y siempre revisan sus cuerpos en el baño de cada semana, delante de otras mujeres. Si a mi vecina le faltaran partes, ya habríamos oído los gritos y los rumores. Y la historia hubiera llegado a todas las bocas del vecindario y el zoco.

La mujer judía se llama Rebeca y es viuda de un peletero. A su marido lo conocí desde niño, se llamaba Reuven y era un buen hombre pero demasiado chico para ser importante en su oficio. Nadie cree a los hombres pequeños que venden cueros, ¿cómo creerles si su figura no es de la un guerrero? Un hombre grande y fuerte se enfrenta al animal y lo vence, esto encarece la piel. Pero un hombre chico más parece un animal carroñero, alguien que va por las sobras. No fue creíble Reuven entre nosotros, era una sombra mínima con enormes barbas negras y manos muy nerviosas. Le brillaban los ojos como lámparas, pero nunca creció ni le dio hijos a la mujer. Y murió de unas fiebres contraídas en un barco iranio, de esos que cargan cosas podridas entre la mercancía. Los hombres del puerto temen esos barcos porque traen la peste y los marinos

que los habitan son amarillos. Si no fuera por la canela y el comino que cargan, y que es necesario purificar en las bodegas, quemaríamos esos barcos y sus tripulaciones. Venden barato la canela y el comino esos marinos, porque no les está permitido estar en el puerto más que un día. Mis vecinos compran esas especias recitando los noventa y nueve nombres del innombrable y después me las traen para que las purifique. Ejercí este trabajo los días de luna nueva, cuando los ángeles de Dios protegen contra la sarna y el envenenamiento.

A Rebeca, la mujer y viuda de Reuven el peletero, ciertos días la vislumbro como a la madre de mis hijos. Podría casarme con ella, volverla la luz de mis ojos y calor de mi cama. Pero esto no es posible mientras ella siga siendo judía. El Al-Kurán no permite que un creyente se case con una infiel, si lo hiciera, mis vecinos me echarían del barrio y yo perdería mis derechos en el Paraíso. Y no lo pienso hacer, porque cuando muera tendré tantas huríes como pelos tengo en mi barba, que cuido con esmero y perfume con aceite afgano que cubre las canas y propicia palabras sabias. Me lo proporciona un hombre tuerto al que le leo la palma de la mano, no para enterarlo del futuro sino para leerle los caminos que debe recorrer para entender los resplandores del Eterno. Nunca le he preguntado cómo perdió el ojo, pero supongo que fue una enfermedad de mar o una caca de pájaro. O algo peor y deshonoroso, la punta de un cuchillo, las manos de una mujer.

Me deshonraría, entonces, si busco a la mujer judía para casarme con ella. Pero podría convertirla en mi concubina, he leído libros donde los sultanes y los jeques, los reyes y los califas han tenido concubinas de varias religiones. Claro que para tener una concubina primero tendría que casarme con una creyente. Pero no es fácil, en el barrio los padres saben que toco muertos y especias contaminadas, que soy un sabio pero no un buen partido para una muchacha casadera. Soy una perla que no se puede engarzar a un collar que toque a una mujer joven. Quizás pueda casarme con una vieja o con la viuda de un soldado o de un mendigo. Y vomitaría en esa boda.

Pero, ¿y si la mujer judía se convirtiera en mi amante? He sabido que los ingleses tienen amantes, también los italianos de las fábricas de textiles.



Se habla mucho de ello en el café, entre risas y envidias. Una amante no es una esposa ni una concubina, es una mujer que deja la puerta entre abierta en la noche, para que el enamorado entre como una brisa tibia. Pensando en esto, he recordado al lisboeta de la pierna comida por los gatos. Y me he dado valor.

A la casa de Rebeca se llega por unas escaleras estrechas, que hay que caminar con cuidado porque las babuchas pueden enredarse. Esa escalera la conozco bien, la he subido varias veces y me he detenido en la puerta. Pero no he tocado sino que he olido los rastros de la mujer. En ocasiones un perfume, en otras el almizcle de su olor. Y en esos olores la he imaginado abrazándome, calentándome los pies, dándome de beber un té de flores. O un té ruso, que permite todas las locuras cuando se mezcla con un poco de opio. Yo llevaría la droga en una bolsita de terciopelo rojo, de un rojo igual a la carne que ella le pone a los gatos. Esto podría excitarla, claro que también podría deprimirla. Debo estudiar mejor la relación de Rebeca con los gatos. Es posible que se excite con el verde cobre de los tazones. O con ningún color. Es mejor, entonces, llevar el opio en un frasco sirio del tamaño de un dátil.

Pero, ¿cómo llamar a la puerta? ¿Despacio, con sólo tres toquidos? ¿Y si abre, seguro abrirá, qué decirle? ¿Quiero que seas mi amante? ¿Vengo persiguiendo un murciélago? ¿He tenido un sueño con tu marido y me ha pedido que me ames? Cuando pienso en esto me confundo y las estrellas se esconden en el cielo y las letras en el papel. También se me seca la boca. Lo mejor, entonces, es subir las escaleras despacio y olerle el rastro a Rebeca. Es una satisfacción pobre y dolorosa, indigna de un hombre como yo, que lee tantos caminos menos los que conducen a la satisfacción de este deseo. ¿Pago así por atormentar los gatos? ¿Es un mal de ojo? ¿Me está hechizando la mujer? Esta última pregunta tiene sentido. Debo estudiarla con calma, revisando la memoria que tengo de las miradas de la mujer judía. He percibido un brillo en esos ojos negros y un movimiento en sus dedos, como si escribiera letras invisibles que dibujaran mi nombre. Ella sabe cómo me llamo, ha visto la placa que hay en la entrada de mi puerta. Allí aparece ni nombre en letras turcas y

árabes, talladas por Shmuel Safrán, el orfebre del barrio. Me costó una moneda de oro esa placa, pero fue una buena compra: allí se dice que soy doctor de la ley.

He leído con paciencia el libro *Sobre los hechizos de las mujeres*, del sabio iraní Moggi ibn Sarani, que contiene palabras en las palabras. Dos noches continuas, acompañado de una jarra de té con menta, he revisado cada frase, cada letra, cada inicio de maqana. Pero no he visto nada. Es como si estuviera ciego y sin dedos. Y en la lectura, la mujer judía se ha disuelto como el humo de una lámpara. Y ya no puedo recordarla bien. Su cara ha desaparecido como la del Profeta y, Aláh me perdone, sólo percibo de ella resplandores. Su figura aparece en mi memoria como un sol de frente, como una piedra brillante, como una chispa o la luz de un faro. ¿Será su brujería el que esté leyendo el libro *Sobre los hechizos de las mujeres* para que en lugar de respuestas encuentre una luz que me desconcierta y aniquila? ¿Este fuego que llena mi memoria quemará el deseo?

Angustiado, he cerrado el libro y he ido a la ventana. La noche está cerrada y los cristales empañados. A lo lejos escucho las voces de unos derviches que cantan y cierro los ojos para que sus cantos me traigan de nuevo a la memoria la cara de la mujer. Pero no pasa nada: la luz intensa sigue encajonada en mi memoria. Debe ser el cansancio. He debido visitar al hombre de los anteojos, un extraño holandés convertido a nuestra religión. Siempre dudamos en el barrio de la sinceridad de ese converso, pero no ha dado muestras de herejía. Sin embargo, esperamos, su cara lo terminará delatando. Mientras tanto, vamos a su taller y nos hacemos mirar los ojos para saber si están enfermos. Son sus ojos contra los nuestros, así algún día veremos que nos ha mentado. ¿Por qué habría de ser sincero un hombre que asumió el Islam para legalizar su oficio de óptico? Además, las mujeres lo miran y le sonríen como si ya hubiera entrado en ellas. Y a nosotros, los hombres de barrio, nos da ira. Incluso tenemos preparados nuestros cuchillos para vengar la más mínima deshonra. Por eso vamos a mirarle los ojos, igual que me miran a mí los gatos mientras como. Últimamente esos animales están más flacos y muestran unos dientes muy filosos, como si pasaran la noche mordiendo

---

las tejas de los techos. También hay mucho odio en sus ojos. Debe ser porque no han podido atravesar mi ventana.

No he dormido bien. Tengo los brazos adoloridos y los párpados pesados. Y presumo un aliento podrido en mi boca, seguro consecuencia de los sueños profundos. Y si bien esos sueños no se recuerdan, porque son sueños donde uno lucha con demonios y con ángeles a los que es imposible recordar porque si lo hiciéramos el mundo se detendría, así dice una acotación a una hadit de la Sunna, queda de ellos un olor a batalla que tiene aroma de bestia muerta. Hablo y huelo mal, y el olor queda preso en el pañuelo que me llevo a los labios. Labios que no deben estar hablando solos sino al oído de la mujer judía, diciéndole que ya conozco sus trucos y que la acusaré de hechicería frente al cadí, hombre santo y dos veces aj, y por eso justo en sus juicios. Sonrío. Delante del cadí, Rebeca no podrá mentir ni al juez, ni a mí ni a los malditos gatos que alimenta. Y se deshará en lloros y ruegos, y vendrá a mis brazos pidiendo que deshaga la acusación. Pero no me retractaré sino que doblaré mis palabras para que sea castigada de manera ejemplar. Quizás hasta la marquen con un hierro caliente.

Hoy, vísperas del primer día de Ramadán, he visto salir a la mujer. Llevaba dos valijas consigo. Y como he podido, me he puesto la chilaba y mis babuchas y la he seguido. En mi mesa quedó el desayuno a medias. Y al otro lado de la ventana, los gatos relamiéndose. Debí desayunar vestido y no desnudo, para que ella no me tomara ventaja. Pero no se contradicen los días que Aláh pone delante de nosotros, son como deben ser. Así que he tenido que correr detrás de ella. Pude haberle gritado que se detuviera para saber dónde iba, pero mis labios se pegaron, igual que mis pies. Y en ese estado de inmovilidad, la vi tomar un taxi y desaparecer por la calle de los naranjos. Fue terrible, porque podría ir a la estación del tren o al puerto. Y desde allí marcharse para siempre. La idea de no verla más me entró como un puñal en la cintura.

Después de verla irse, he pasado un día atroz. ¿Qué me pasará si no regresa? ¿Qué sucederá con los gatos, tendré que matarlos? ¡Maldita! Sí,

he maldecido a la mujer y en mis palabras he puesto todo el veneno y toda la fe. Así las palabras, como las flechas sumerias, recorren el cielo y aciertan. Y matan como un castigo de Aláh. Pero de inmediato me he arrepentido para que las palabras-flechas se detengan. No quiero que la mujer judía muera sin antes haberme burlado de ella. Mira tú, que quererte escapar de mí, que soy el relojero y el que asiste a los muertos. Es increíble lo que puede ocurrírsele a una infiel. Y pensando en qué otras palabras decirle, he colocado mi cabeza en la almohada pero el sueño no me ha asistido y por mis orejas han entrado los maullidos de los gatos. Tienen hambre y frío. Son espantos del invierno que comienza.

Este es el tercer día del Ramadán y he decidido abrir la ventana para que entren los gatos y me devoren. De esta manera, Rebeca, la mujer y viuda de Reuven, sabrá que mi muerte fue culpa suya. Que los gatos me devoraron porque ella no vino a darles su comida de carne incierta. Y la sombra de mi cadáver la seguirá por todas partes, en el día y en la noche, con los ojos abiertos y cerrados. Y entraré en su sangre hasta enloquecerla. Esto que haré lo leí en el tomo IV de Adalberto el ensimismado (un monje ruso ortodoxo), en la sección destinada a las formas diversas que adquiere el más allá, donde se explican las distintas agonías y el beso del ángel de la boca helada. El más allá que escogí es fácil crearlo: basta con pensar, al momento de la agonía y sin distraerse, en quién será la persona que será perseguida por la sombra de mi cuerpo muerto. Entonces, cuando los gatos se me vengan encima, mi último pensamiento será para la mujer judía, y así no la abandonaré ya más. Pensando en ella, en sus carnes, venceré el dolor y el miedo. Y al fin estaré con ella eternamente.

## *Epílogo*

He abierto la ventana, pero los gatos no han querido entrar. Ni siquiera el viento frío ha entrado a morder mi cuerpo desnudo. Y he gritado como un poseído por diablos sirios, pero han sido palabras vacías de letras. Unos vecinos han venido por mí, me han puesto un albornoz de lana y he bebido de un jarro con té rojo. Me han dicho palabras dulces y me han

atado a una silla. Luego ha entrado el doctor inglés, un hombre calvo y pecoso, de orejas grandes. Me ha puesto un termómetro en la boca y una inyección en el brazo. Pero no me he dormido ni tengo fiebre. Tampoco estoy loco. Por eso he comprendido que los que me rodean son mis gatos, los mismos que devoraron la pierna del lisboeta, los que he maldecido y humillado. Pero no me devoran sino que me acarician. Y me entra un pánico terrible, porque ser acariciado por los gatos augura el peor de los infiernos: el habitado por el olvido. Más allá de mis ojos, la mujer judía regresa. Trae las mismas valijas con que salió. Y está más hermosa que nunca, más dispuesta, más para mí. Pero no puedo hacer nada, ni mirarla ya. Los gatos me lamen y sus maullidos entran suaves en mi oído, sobre todo los del gato que se hace pasar por el doctor inglés. Antes de leer el libro sin letras, el cielo de Istanbul parece un mapa con estrellas nuevas que titilan y desaparecen para dar paso a todas las ignorancias. 